

HARO TEGLEN

LA CAIDA DE LA IZQUIERDA

Malos tiempos para la izquierda. En la calle, la desbordan los movimientos de protesta; en los parlamentos, la devora la derecha. Si se entiende por izquierda el partido demócrata de los Estados Unidos, se le ve hundirse velozmente en un océano de barro. Paga las facturas de cuatro años de desastres y contradicciones. Si se llama izquierda al partido laborista de Wilson, el congreso sindical ha sido duro con él y las huelgas le están mirando. Con otro nuevo esfuerzo de imaginación se puede llamar izquierda a la social democracia alemana de Willy Brandt, que quiso hacer una apertura hacia el Este y a quien sus planes se le han hundido en Praga: ve ascender de nuevo el poder de los «duros» de la democracia cristiana, de Schroeder y Strauss. En Francia, Mitterrand abandona la lucha. Quiso aunar una llamada Federación de la Izquierda Demócrata —con exclusión de los comunistas—: el desbordamiento de la protesta de mayo, el triunfo electoral degolista subsiguiente ha dejado a esta izquierda perpleja y tamborosa, desunida, y Mitterrand la abandona después de unos años de esfuerzo en los que llegó a ser un desafío serio para el general roqueño —Mitterrand tuvo el cuarenta y cinco por ciento de las elecciones presidenciales de 1965— y que ya ha sido barrida.

Hay unos signos comunes meramente circunstanciales que unen esta caída de la izquierda oficial en los países occidentales. Hay una reunión de asustadizos en torno a los poderes fuertes, como consecuencia del «miedo a la calle». El grito de «Ley y orden» que emite Nixon en su campaña electoral es un eco de la llamada al orden y la ley que hizo De Gaulle a raíz de mayo. Wilson les remeda clamando contra las huelgas, lo cual es un abuso de confianza. Wilson es el jefe visible de un partido que nació gracias a las huelgas, que se abrió un difícil acceso al Parlamento con las huelgas y que conquistó el poder con las huelgas. El segundo factor es el incidente de Checoslovaquia. Bien explotado por los grupos conservadores. Aunque, en términos abstractos, el golpe de Checoslovaquia significa la derrota de otra izquierda, la de una izquierda móvil comunista bajo una derecha conservadora comunista.

El tercero y más importante de los factores es que la izquierda oficial, la izquierda de sistema, se ha quedado sin papel en el mundo. Los movimientos que llamamos de protesta tienen ya años de existencia. Han sido ideológicamente puros, han sido meramente intelectuales, antes de ser callejeros y sangrientos. Las izquierdas organizadas han sido todo el tiempo impermeables a todas las llamadas, a todo ese malestar y toda esa incomodidad que se veía. Incrustadas en los sistemas, estaban más atentas a sus juegos políticos de conquista o sostenimiento de poder que a la voz de la espontaneidad. Si las hubiesen escuchado, las izquierdas se hubiesen fortalecido y probablemente las protestas no habrían llegado a la violencia porque hubiesen encontrado su canal donde expresarse. Las izquierdas hubiesen ejercido su papel natural, que es el de la oposición. Estar en la oposición no quiere decir, hoy, que se abandone el ejercicio del poder. El poder político hoy no es un factor decisivo: es una parte nada más en la diseminación de poderes que dominan las naciones. Se puede ejercer el poder político y, al mismo tiempo, estar en la oposición frente a grupos poderosos. Kennedy, aunque no fuese más que durante el último año de su vida, ejercía la oposición desde el poder político contra otros poderes, contra el económico —lucha contra los trusts del acero—, contra el de corrupción —lucha contra los gangsters llevada por su hermano Robert desde el Ministerio de Justicia—, contra el intervencionismo de la C. I. A. y de algunos sectores del Pentágono —lucha por la democratización de Hispanoamérica, por la limitación de la guerra en Asia—, de forma que, dentro del contexto relativo de los Estados Unidos, la Casa Blanca se había convertido en un centro de la oposición de izquierda, reanudando la tradición de Roosevelt y, en suma, asumiendo la personalidad política del partido demócrata. De Gaulle, en sus primeros tiempos, fue una oposición desde el poder —reducción de los grupos militares, capitalistas y de extrema derecha interesados en la guerra de Argelia—. Se puede ejercer la oposición desde el poder político, a condición de no pactar. Si hay pacto, no hay oposición. El partido socialista italiano pactó con la democracia cristiana para formar un poder político de coalición, y se disolvió. Brandt ha pactado con Kiesinger, y lo poco

que quedaba de la social democracia —el partido que fue de la más pura esencia marxista— se hunde irremediablemente. Johnson pactó para continuar y reforzar la guerra del Vietnam —sobre la base de la tentación: creyó que iba a tener una victoria militar y política histórica— y su partido se hunde con él. Son pactos con el diablo. La izquierda pacta cuando cree que podrá ser sostenida en circunstancias adversas. Cuando las circunstancias, como ahora, son realmente adversas para la izquierda, sus copactantes se desprenden sencillamente de ella. No la necesitan. Las devuelven después de haberlas digerido, después de haber obtenido de ellas lo que podía ser nutritivo.

Y las izquierdas oficiales se van, maltrechas, a la oposición, desoficializadas. Pretenden regenerarse. Pretenden recibir un «baño de multitud». Pueden obtenerlo, a condición de que sepan estar en la oposición y ser una oposición. Porque de la misma forma que se puede ejercer la oposición teniendo el poder político, se puede colaborar con el poder desde la oposición, sosteniéndose cómodamente en la espera del turno mientras se ocupan algunos puestos parlamentarios, algunos cargos oficiales. Es lo que llevando las cosas a un extremo servía de base a la acusación castrista contra algunos partidos comunistas en Hispanoamérica, y los estudiantes franceses al partido de su país. Es, repito, lo que ha llevado en muchos casos la protesta a la calle. De donde ahora parece difícil desalojarla, sea en Méjico, en Chicago, en Berlín o en el Barrio Latino de París.

Falta un mes para las elecciones de Estados Unidos y en un mes se pueden producir muchas cosas, como puede no producirse ninguna. Humphrey, que se ve despeñado, se agarra ahora al clavo ardiendo de la ruptura con Johnson, de anunciar que cesará los bombarderos en el Vietnam y que hará esfuerzos de paz. Desde Hanoi se le rechaza. Ni siquiera Hanoi tiene hoy interés en ayudar al partido demócrata. Si no se produce nada nuevo, el partido demócrata sufrirá una derrota histórica y aparecerá Nixon en el poder. Nixon tendrá la virtud de radicalizar los términos. Si su campaña es ambigua y moderada, su presidencia no podrá serlo, en virtud de las fuerzas que le llevan al poder. Si Nixon inclina aún más a los Estados Unidos hacia el conservadurismo de derecha, porque en este caso habrá una situación clásica de acuerdo entre el poder político y el poder de los grupos de presión, el partido demócrata tendrá que asumir ciertas premisas de la izquierda. Probablemente la sensación de simultaneidad de propósitos y de intereses con que se presentan hoy los dos partidos desaparecerá, y se borrará, al menos en parte, una ambigüedad. Quizá ello, puesto que todo gira tontamente en Occidente en torno a los movimientos políticos de Estados Unidos, pueda también ayudar a encontrarse a la izquierda europea en su papel de oposición. Los demócratas tendrán que conquistar de nuevo sus feudos perdidos. El último trabajo de Gallup enseña que los demócratas han perdido algunos de sus apoyos tradicionales: los grandes núcleos urbanos —poblaciones de más de un millón de habitantes—, la juventud —grupo electoral entre los veintuno y los veintinueve años—, el intelecto —universidades— y las clases obreras. El último mapa electoral de Francia, después de los acontecimientos de mayo, señalaba también una pérdida de la izquierda en sus sectores tradicionales. Se pudo decir entonces que las elecciones no las había ganado la derecha, sino que las había perdido la izquierda. Si hay otro partido que merece perderlas ahora es el demócrata. Las ha perdido en los últimos meses, tras el asesinato de Robert Kennedy, que representaba —a su manera oportunista, coyuntural, política, mutante— una posibilidad de oposición. Las ha perdido al separar a McCarthy de la carrera presidencial. Frente a un hombre desprestigiado desde antiguo en la política, como Nixon, el partido demócrata no podía perder. Era su mejor baza. La ha dejado pasar. Hay quien sospecha, incluso, que el partido demócrata ha comenzado a desaparecer y que en el futuro el dilema se planteará con otros partidos que representen una derecha más fuerte que la de Nixon —Wallace, el fenómeno de estas elecciones, se ha sumado como vicepresidente el general de aviación Curtis LeMay. LeMay se hizo famoso por una frase: «Hagamos regresar al Vietnam a la Edad de Piedra»— y una izquierda más congruente que la demócrata. Estos profetas juegan con un futuro de cuatro a ocho años. Y la verdad es que apenas si se puede contar con los acontecimientos del mes que viene.